

Telescopios, planetas, tecnocracias y soberanías



Horacio Bilbao (UNPAZ)

Lectura comentada de los conceptos centrales en la obra del urbanista y filósofo estadounidense Benjamin Bratton a la luz de las crisis de gubernamentalidad. ¿Quién tiene un programa político para estos tiempos antropocénicos?

Nuestra moderna habilidad para domesticar el caos colapsa frente a un nuevo nomos. El planeta estalla implacable frente a los extractivismos pornográficos, las pandemias corroen horizontes, los sistemas políticos representativos ya no representan ni satisfacen, la contaminación de discursos en red nos deja sin redes. Puro vacío. Nos movieron la escala, nos alteraron las subjetividades y el desigual orden que algunos construyeron para todos hace agua por todos lados. Somos objetos, no sujetos. Mientras el telescopio James Webb nos pone en escala espaciotemporal con imágenes bellas, tambalean nuestros modos de organización y proliferan los discursos apocalípticos. ¿Qué vemos en esas imágenes? ¿Puede el mundo gobernarse a sí mismo de otra manera? ¿Qué quiere decir que el mundo se gobierne a sí mismo? Las viejas recetas continúan aquí. Los problemas avanzan a velocidades malignas, nosotros en cámara lenta. “Las cosas comenzaron a ir tan rápido que ya no pudimos acompañarlas”, dice Bruno Latour. ¿Hay que acelerar o desacelerar? ¿En qué dirección? Somos parte del problema.

Como no sobran propuestas, analizamos aquí la de Benjamin Bratton, académico, urbanista y filósofo estadounidense, convertido en una figura polémica con su mapeo *stack* (pila) y, sobre todo, con su

propuesta de terraformación, un programa realizado en el Instituto Strelka de Moscú sobre el cual la editorial Caja Negra publicó un libro que recopila artículos en serie (La terraformación. Programa para el diseño de una planetariedad viable). La automatización de procesos, la artificialidad, no son para él malas palabras. Al contrario, son la clave de su programa para este mundo pila, de múltiples superficies, digitales, sensoriales, planetarias.

Su propuesta, nada tímida, sugiere la urgencia de un nuevo giro copernicano, que así lo llama él: "...a medida que nuestra cognición ampliada y nuestra agencia se van desarrollando coextensivamente con las tecnologías... los nuevos aparatos revelan a veces una realidad contraintuitiva...". Ese modelo técnico, percibido a través de nuestros artefactos (el telescopio James Webb podría ser un ejemplo), contrasta con nuestros modelos conceptuales. Para Bratton, nuestras teorías de mundo chocan contra esta nueva evidencia. Y la tecnofobia es solo uno de nuestros problemas. Puede haber otro modelo técnico económico, distinto a este dominante operado desde bases privadas y aceptado con manse-dumbre. ¿Puede haberlo?

Los sistemas técnicos nunca tuvieron tanto poder, nunca alcanzaron a tantos entes humanos y no humanos. Sin embargo, el caos sigue depredando estructuras políticas, andamiajes institucionales, relaciones sociales y materiales. Podemos ver el universo, su origen, medimos el calentamiento global y hablamos de apocalipsis. Pero allá vamos, por inercia. Bratton aboga por un control colectivo de las estructuras digitales, por el uso de las tecnologías para intervenir en la terraformación del planeta. El cambio climático es antropogénico, dirá, por lo tanto, la batalla debe ser artificial. Artificial no es mala palabra.

El mundo ligado a las abstracciones tecnológicas revela que el planeta funciona distinto a las abstracciones que dieron lugar a esas tecnologías. Tecnología y sociedad se coconstituyen mutuamente. Pero Bratton pide anteceder lo técnico a lo político. Piensa en simbolizaciones que se codifican en decretos que se aplican a través de medios técnicos. ¿No tuvimos demasiadas experiencias colonizadoras con esa misma receta?

Bratton no descubre nada cuando dice que lo tecnológico y lo político convergen. Tampoco cuando grita que tenemos los medios pero no el mecanismo de gobierno para aplicar y automatizar las decisiones. Tenemos más medios que nunca, pero estamos al borde de la guerra civil global, de la debacle climática, de la hambruna, a merced de las mutaciones pandémicas. ¿Cómo se impone, entonces, su giro copernicano? Según él, a través de un artefacto tecnopolítico que rompa con la lógica del Hombre de Vitruvio, con el diseño centrado en humanos, para quienes hemos creado necesidades, deseos, satisfacciones, culturas, consumos, clichés, capitalismo y más ismos. Hay que dar un giro, asumir la artificialidad. El antropocentrismo trabaja contra la aceptación de lo artificial.

Por lo tanto, su propuesta impone desantropomorfizar, abstraer, automatizar. Una automatización que es transferencia de la agencia humana a los sistemas técnicos, un mundo que no solo se hace por decisión política, sino por la disolución de la decisión en sistemas automáticos y prostéticos. "Hay que

planificar esa plataforma automatizada, intensificar la amalgama humano máquina”, dice Bratton. Su soberano, surgido de este proceso, sería lo más parecido a un artefacto técnico.

Es un nuevo *nomos* el que mira Bratton, inspirado, como él mismo ha tenido que admitir, en el trabajo del jurista alemán Carl Schmitt, quien propuso la idea de que la Tierra está formada por varios “mundos” o “espacios” que se pueden terraformar por separado. “La existencia de los medios técnicos modernos no debe ni entusiasmanos ni llevarnos a la desesperación... no debemos dejar de examinar racionalmente todas las posibilidades de un nuevo *nomos* de la Tierra”, escribió Schmitt. Bratton vive en otra época, pero toma esa transformación espacial y temporal de Schmitt, y también su idea de excepción, asociada ahora al cambio climático. Un soberano tecno para una situación de excepcionalidad, un gobierno algorítmico, computarizado.

Schmitt renegaba del pluralismo, la democracia para él es homogeneidad, unánime como las noches de Borges. ¿Democracias unánimes? Suena a totalitarismo, a universalismo. En el modelo de Bratton las complejidades se eliminan para una automatización eficiente de los procesos políticos. Hace rato que venimos eliminando complejidades, con la estadística, la cuantificación y codificación de todo. Es cierto, los medios están, la base está, podríamos decir parafraseando una expresión futbolera que es a la vez uno de los conceptos centrales de Bratton: la base. En realidad, son muchas bases, muchos procesos de automatización que compiten, chocan, extraen y codifican según sus intereses. Saben mucho de recursividad, de retroalimentación, y de cómo esta puede ser modulada. “La base precede a la superestructura”. Eso es materialismo, modo de producción, un sendero inevitable hacia la contradicción. ¿Y la teoría del valor, y el tiempo de trabajo liberado por la máquina?

La pregunta es válida, quizá urgente, cómo pensar sistemas de gobierno para este *nomos*, para estos ensamblajes que ahogan, extraen, reducen. En 1977 el informe Nora Minc ya imaginaba un futuro en el que la soberanía entraría en decadencia producto de la innovación técnica. Bratton, simondoniano, acierta al decir que somos parte de esa innovación técnica, y piensa gobernanzas desde allí. Porque la técnica, los humanos y el futuro seguirán ensamblados. Y para eso lee a Schmitt, pero también recupera las lecturas de Agamben sobre Schmitt.

El enfoque tecnocrático de Bratton relativiza la participación de la sociedad civil, las complejidades culturales, históricas y psicológicas. Su racionalismo tecnológico desdeña otros modos de comprensión no racionales, otras sensorialidades no cuantificables. ¿Puede haber algoritmos de lo irracional? ¿Qué es lo irracional? Su programa se apuntala en una percepción planetaria basada en sensores tecnológicos que permitirán a las personas monitorear el estado de la Tierra y tomar medidas para protegerla. Pero a qué personas se refiere.

Para salir de ese atolladero Bratton discute con las teorías decrecionistas, pero también con el legado de posestructuralismo, desde Foucault a Agamben, con quien se ensaña particularmente pese a venerar algunos de sus conceptos. “Agamben WTF...”, tituló Bratton uno de los artículos con los que golpeó al ya caído autor de *Homo Sacer* tras su indefendible editorialización de los sucesos pandémicos. Y con Agamben, etiquetado casi de terraplanista como punta de lanza, se lanzó contra la izquierda folk acu-

sándola de tradicionalista, de conserva, de miope. “El romanticismo ha sido un pasajero permanente en los vuelos de la modernidad occidental, y su duelo por los ‘objetos perdidos’ siempre vacila entre la melancolía y la revuelta”, dispara Bratton. Y sugiere que a los románticos no les gusta la racionalidad ni la tecnología, pero menos por sus efectos que por sus propias afinidades mitológicas. Para él la realidad es otra, y el verdadero enemigo de los románticos “es menos la alienación que la desmitificación”.

La argumentación belicosa de Bratton no es para nada desintencionada. Detrás de ella aparece siempre su propuesta de diseño geotécnico, geopolítico y geofilosófico en la que la tecnología siempre va delante de la política. Claro, dado el actual entramado tecnológico, dada la actual cibernética de hecho dominada por grandes corporaciones y redes financieras, su confianza en un programa de tales características es como mínimo contradictoria. Toda tecnología está cargada de ideología, y el universalismo que Bratton plantea ya se viene ejerciendo desde hace varias décadas, con una reproducción de desigualdades, de sistemas tan colonizantes como los anteriores. No hace falta ir a Marcuse, a Adorno, a Feenberg para pensar este problema; en la Argentina y en Latinoamérica lo denunciaron en los setenta Oscar Varsavsky, Amílcar Herrera, entre tantos otros. ¿Significa eso que hay que renunciar a los modelos tecnológicos para organizar otro tipo de gobernanza? Sin duda que no, y eso también lo vieron Herrera, Varsavsky, pero para ellos la sociopolítica debía tomar las decisiones con bases territoriales, culturales. Y no al revés.

El urbanismo de Bratton considera que la planificación, lo artificial, lo universalista, lo materialista y lo antimitológico reflejado en una geotécnica puede ser compatible con una distribución igualitaria. El ejemplo financiero es quizá el ejemplo más fuerte contra su propia propuesta. Pero Bratton compara el modelo climático con el financiero. El primero se basa en la percepción y cuantificación de hechos físicos que luego correlaciona, el segundo en la percepción de entidades de valor financiero. ¿Realidad vs. Ficción? Es obvio que hay un replanteo de relaciones entre naturaleza y cultura, entre humanos y tecnologías. Y una defensa de la computabilidad, de los modelos que nos advirtieron del cambio climático. Para Bratton nace allí una nueva epistemología, un choque entre la evidencia, entre la realidad que muestran estos sistemas, y las decisiones políticas, irracionales, predarwinianas que algunos quieren preservar. ¿Las élites financieras también son predarwinianas?

Esa contradicción sí es palpable, la evidencia de un rumbo desastroso choca contra un sistema político económico que acrecienta el desastre. La pobreza, la desigualdad, la explotación laboral del capitalismo, ¿no son parte de esa misma contradicción? Sabe él y lo sabemos todos que no puede haber emancipación de la humanidad si no la hay de las entidades sensibles, biológicas o mecánicas, si no se revierte esta cibernética de hecho basada en jerarquías invisibilizadas, naturalizadas, cada vez más asimétricas y extractivas. Pero en su afán de celebrar la abstracción, las redes del mundo financiero, son una muralla infranqueable.

Ya hemos visto cómo modelos de futuro universales no mediados tipo criptomonedas o NFT chocan contra el paredón de la especulación y la timba. No importa lo compleja de la estructura, la ficción monetaria se apropió rápidamente de esas infraestructuras, se apropia de los mismos medios y conceptos con fines codiciosos, extractivos y de dominación. Manejan a la perfección la superposición de

capas y sensores de los que habla Bratton, incluso los del clima, para predecir el valor de una cosecha, de una guerra, de una pandemia. Y seguir apostando. ¿Se puede programar la nube, la red, el hardware, el software, el dato con otros fines?

Claro, el racionalismo tecnológico de Bratton obvia además que el mito, la intuición, la misma irracionalidad son parte de nuestra realidad. Necesitamos conocimientos robustos, pero sabemos que no son suficientes como herramientas persuasivas, que en nuestra historia, nuestra cultura, incluso en nuestras ciencias otros modos de percibir juegan roles fundamentales. La racionalización, la codificación, la matematización de ciertos procesos y relaciones también son reduccionismos, interpretaciones, abstracciones. Ni de izquierda ni de derecha, pero siempre al servicio de los poderes. El proyecto de Bratton es ambicioso, es complejo, pero también es una reducción.

Podemos rastrear esa misma lógica detrás de sus críticas al capitalismo de vigilancia que denuncia Shoshanna Zubof. Es cierto que la extracción de datos puede usarse para otra cosa, que la geotécnica puede usarse para enfriar el planeta incluso, pero de qué depende su uso para tal o cual fin. ¿Quién acabaría controlando los sistemas de geoingeniería? ¿Empresas privadas? ¿Corporaciones globales como las que tenemos hoy? La cosificación, la tecnificación, la automatización de las relaciones de producción es un proceso que se produce a espaldas de las mayorías. Visibilizar, incluirlo en un análisis histórico es necesario, pero nunca fue una solución. Y es cierto que los sujetos políticos devenidos en consumidores compulsivos, que las instituciones y los conceptos hacen agua en este nuevo nomos depredador. ¿Una gobernanza algorítmica equilibraría las cuentas? ¿La solución es más abstracción y más automatización de procesos?

Bratton toma posición cuando elige una frase de Alfred Whitehead para uno de sus epígrafes: “La civilización avanza a medida que aumenta el número de operaciones que podemos realizar sin pensar en ellas”, escribió el matemático. Desde la poesía, Neruda dirá algo muy distinto: “Muere lentamente quien se transforma en esclavo del hábito”. Las tecnologías, creadoras de abstracciones, nos alejan de la percepción directa, de un tipo de experiencia. Las abstracciones son herramientas, son engendradas por tecnologías y engendran tecnologías. Se agregan a la infraestructura, codifican, automatizan sin necesidad de nuevas deliberaciones. Autonomía no es libre albedrío, sino acciones que pueden realizarse sin deliberación, dirá Bratton. Rutinización. Lo geotécnico incorporando lo geopolítico. La tecnología reorganiza y revela cosas que siempre estuvieron allí. El medio es el mensaje, McLuhan dixit.

Las posiciones de Bratton se sostienen con fuerza aún en su último libro (sin traducción al castellano). En *The Revenge of The Real: Politics for a Post-Pandemic World* (La venganza de lo real: política para un mundo post-pandémico) Bratton insiste con su materialismo tecnológico, con la digitalización de la naturaleza, con la necesidad de componer y programar estructuras ejecutables para proyectar un mundo distinto a este. Y carga contra los filósofos y científicos devenidos en predicadores. Protesta contra un modo de crítica biopolítica que “aventura alegremente que la ciencia, los datos, la observación y la modelización son intrínsecamente y en última instancia formas de dominación y juegos de relaciones de poder”.

En pos de su giro copernicano, Bratton cuestiona a ultranza los procesos de deconstrucción y varios postulados de las teorías críticas. Para ellos, dirá, “la estructura es siempre más sospechosa que su desmantelamiento y la composición más problemática que la resistencia”. Desmantelan el imaginario de la razón y así fetichizan “lo político” y rechazan la “gubernamentalidad”. La filosofía y las humanidades han fracasado en la pandemia, sostiene Bratton (Eric Sadin dice justamente lo contrario, que la inteligencia artificial planetaria y sus sensores no sirvieron para actuar contra el virus), porque están demasiado atadas a un conjunto insostenible de fórmulas, sospechan reflexivamente de la cuantificación intencionada y son incapaces de dar cuenta de la realidad epidemiológica del contagio mutuo o de articular una ética de los bienes comunes inmunológicos.

Apéndice de su terraformación, Bratton propone una biopolítica positiva basada en una nueva racionalidad de inclusión, cuidado, transformación y prevención, a la que las humanidades deberían sumarse. Una filosofía política de la computación a escala planetaria. Hay un nuevo nomos, de acuerdo, escalas inabarcables para nuestras instituciones, nuestras relaciones, nuestras memorias y avalanchas de información que aceleran procesos en direcciones impredecibles. Se requieren respuestas globales, pero quizá no homogéneas ni universalizantes. La historia, el prontuario de los timoneles de la universalización capitalista sugiere otras alternativas, otros proyectos políticos, otros conceptos. ¿Pueden abrirse otros caminos para las democracias, puede haber una automatización de abajo hacia arriba, proletaria, cognitaria, armónica con el planeta y con otras perspectivas de mundo? De lo contrario, la entropía, la desorganización planetaria que delega timones en manos de una élite tecnocientífica acentuará inequidades peligrosamente incontrolables, incodificables. Tendremos la belleza del James Webb, pero también la barbarie mecanizada de la razón instrumental y una nueva vieja gubernamentalidad colonial.